

A TERRIBLE QUESTIONNAIRE? HISTORIOGRAPHIC
PERSPECTIVES ON THE COMMUNIST PARTY'S
AUTOBIOGRAPHY

¿Un terrible cuestionario? Claves historiográficas de la autobiografía comunista de partido

José Carlos Rueda Laffond

Universidad Complutense de Madrid

jcrueda@pdi.ucm.es - <https://orcid.org/0000-0002-6138-2968>

Fecha recepción 19.08.2021 / Fecha aceptación 11.01.2022

Resumen

El artículo se aproxima a diversos enfoques historiográficos centrados en el análisis de la autobiografía comunista de partido. La *bio* nació en la Unión Soviética y se consolidó desde los años treinta en las estructuras orgánicas de la Internacional Comunista y en numerosos partidos nacionales. Su carácter reservado y su conexión con otras prácticas estalinistas invita a interpretarla como un registro estandarizado de control y,

Abstract

This article examines various historiographic perspectives focusing on an analysis of the Communist Party's autobiography. This *bio* first emerged in the Soviet Union and was consolidated from the 1930s onwards as an essential component of the organisational structures of the Communist International and numerous national parties. Its cautious nature and connection with other Stalinist practices invite a reading that interprets it as a standardised record

* Resultado del proyecto ref. PID2020-116323GB-I00, Programa Estatal de Generación de Conocimiento y Fortalecimiento Científico y Tecnológico del Sistema de I+D+i, MICINN.

llegado el caso, como una herramienta coercitiva. Sin embargo, otras perspectivas han destacado la ductilidad de sus usos e intencionalidades o su centralidad en el ecosistema vivencial propio de la subjetividad comunista.

Palabras clave

Autobiografía política; Historiografía; Totalitarismo; Subjetividad; Comunismo; Estalinismo.

produced for the purposes of control and coercion. However, other perspectives have highlighted the flexibility of its uses and intentions and its centrality in the experiential ecosystem of Communist subjectivity.

Keywords

Political autobiography, historiography, totalitarianism, subjectivity, Communism, Stalinism.

Introducción

«Un terrible cuestionario que se dirige a los afiliados al comunismo francés». Bajo ese contundente titular *El Heraldo de Aragón* afirmó en 1938 que muchos simpatizantes del Partido Comunista Francés (PCF) se negaban a cumplimentar los formularios de afiliación pues incluían «tal número de preguntas», y «tan sospechosas», que responderlas suponía incluso denunciar a «los miembros de su familia»¹. Más allá del carácter obvio de munición ideológica en plena Guerra Civil, el artículo resaltaba un hábito muy llamativo en la disciplina comunista. Los cuestionarios de afiliación formaron parte de un amplio corpus de egodocumentos orgánicos (informes personales, características, verificaciones, autocríticas) en el que también figuraron guiones biográficos o autobiografías manuscritas de extensión variable (*bios*), el objeto de atención de las siguientes páginas. Repasaremos cómo estos relatos, de estricto carácter reservado, constituyen una fuente destacada para el análisis de las prácticas políticas y de la cultura comunista nacional y transnacional. Según se verá, las *bios* –también denominadas autobiografías institucionales²– se emplearon desde el periodo de entreguerras en el partido soviético, en la Internacional Comunista (IC) y en las organizaciones europeas como herramientas dirigidas a la promoción y fiscalización de cuadros. En la URSS a partir de los años veinte, y en las democracias populares desde finales de los cuarenta, se fue generalizando además el hábito de su cumplimentación por el conjunto de la ciudadanía³. En síntesis, en cualquiera de las situaciones citadas, dichas narrativas aspiraron a registrar la expresión de la trayectoria vital entendida como capital político capaz de establecer principios de diferenciación y jerarquía.

1. *El Heraldo de Aragón*, 2-XI-1938.

2. Esa es la denominación empleada en diversos trabajos, citados más adelante, por dos de los principales especialistas en la materia: Bernard Pudal y Claude Pénnetier.

3. Véase, por ejemplo, Katy Turton, “Soviet Autobiographies”, en Gilbert George (Ed.), *Reading Russian Sources. A Student’s Guide to Text and Visual Sources from Russian History*, Londres, 2020, 124-133.

La obligatoriedad y la estandarización invitan a situar la *bio* en las coordenadas de la perspectiva historiográfica totalitaria fundada en las tesis de la imposición desde arriba y en la proliferación de instrumentos burocráticos de control y represión propios de una peculiar socioburocracia comunista⁴. En cambio, ya a partir de los años noventa, al socaire de la apertura de los archivos soviéticos, se tomó conciencia de otras problemáticas y posibilidades interpretativas. Las *bios* fueron escudriñadas desde distintos enfoques considerando, por ejemplo, posibles tácticas de acomodación y uso por parte de sus autores. O se reivindicó el papel de lo ideológico, de las dinámicas de implicación voluntaria y de la cristalización de una determinada subjetividad asociada a su confección⁵. En paralelo, se han propuesto igualmente diferentes perspectivas metodológicas, o se han abordado su tipología y particularidades, así como los ritmos de su implantación internacional.

La autobiografía comunista como objeto histórico

El origen de la autobiografía comunista puede situarse en el contexto de clandestinidad y secretismo característicos del primer bolchevismo. Algunas células implantaron antes de 1905 aparatos técnicos rudimentarios destinados a testar a los futuros activistas, que debían justificar sus antecedentes y someterse a la indagación de reuniones o asambleas. De otra parte, asimismo existía una extendida cultura de la narración biográfica en organizaciones como el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Su crecimiento cuantitativo durante el último tercio del siglo XIX se acompañó con la proliferación de múltiples instancias socializadoras y proselitistas (casas del partido, escuelas, teatros, bibliotecas o grupos de lectura). No faltó tampoco la edición de textos ejemplarizantes en la prensa o en publicaciones adecuadas a la fórmula del breviario divulgativo que suministraba modelos personales virtuosos y «experiencias de vida»⁶. No obstante, a pesar de esos antecedentes, la extensión y el grado de sistematicidad alcanzados por las prácticas autobiográficas comunistas las convirtió en un fenómeno peculiar, sin parangón frente a otros partidos o tradiciones políticas con la notable excepción de la nacionalsocialista⁷.

Las *bios* comenzaron a generalizarse en las estructuras del partido y del Estado soviéticos a partir de 1919. Desde esa fecha la obligatoriedad de redactar una semblanza

4. Werth, Nicolas, “Le Stalinisme au pouvoir. Mise en perspective historiographique”, *Vingtième Siècle*, 69, 1, 2001, 127.

5. Para una visión sintética acerca de las orientaciones mencionadas, Ana María Sánchez Resalt, “Debates historiográficos sobre el estalinismo en lengua inglesa”, *Ayer*, 110, 2, 2018, 313-329.

6. Eric D. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1900. From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997, 49-50, o Robert P. Neumann, “German workers ‘Autobiographies as Social History resources’”, *International Labour and Working-Class History*, 7, 1975, 23-27.

7. Bruce Campbell, “New perspectives on the Nazi Storm Troopers. Autobiographies of violence: The SA in its own words”, *Central European History*, 46, 2013, 217-317 o Christian Ingrao, *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, Barcelona, 2017, 30-44.

se impuso en las afiliaciones o al acceder al mundo laboral, momentos en los que debían cumplimentarse cuestionarios o perfiles (анкета) u otros textos más elaborados y pormenorizados (автобиография)⁸. Tras la Guerra Civil (1921) los soldados transferidos a la educación superior afrontaron ejercicios similares y otro tanto ocurrió con las juventudes adheridas al Komsomol, creado en el otoño de 1918. Todas estas iniciativas deben relacionarse con la gestión del crecimiento de aluvión en las filas bolcheviques, aunque también tuvieron mucho de reacción frente al recelo que suscitaban ciertos colectivos, como el universitario, que debían ser rápidamente asimilados, pero garantizando la lealtad de sus miembros⁹. En paralelo, la obligación autobiográfica se implantó en la escuela de cuadros del Comité Central del Partido Comunista de Rusia (Bolchevique), rebautizada en 1919 como Universidad Sverdlov. Se fijaba así un maridaje, mantenido durante décadas, en la cultura transnacional comunista: vincular la formación de cuadros con el registro y testeo de lo biográfico. La admisión en el partido, estimada en el III Congreso (1922) como un privilegio, junto a la insistencia en escrutar los cuadros o fomentar la exposición pública de antecedentes, permite explicar igualmente el peso alcanzado por el expediente individual en las purgas periódicas practicadas entre la masa de afiliados.

James Harris ha considerado que, tras esas medidas, se escondía la necesidad de optimizar la eficiencia orgánica en un momento de apabullante gigantismo (250.000 miembros en 1919, 700.000 en 1921) y dada la geometría variable de las tensiones y los encumbramientos entre las elites dirigentes, particularmente las locales. Hasta 1922 no se dispuso de un fichero fiable y permanente de militantes, al tiempo que se extendía un complejo organigrama de secciones dedicadas a la inspección y asignación de cuadros. Pero se mantuvo la idea de que el partido sufría serias carencias en la calidad de su formación política o respecto a la destreza y capacitación de sus cohortes políticas, administrativas o técnicas. Entre 1922 y 1926, coincidiendo con el paso de Stalin por la secretaría general, se reforzó la centralización de los instrumentos educativos y el fomento de cuadros mediante una lógica que combinó la «impulsividad burocrática» y un complejo juego de reequilibrios y de búsquedas de «lealtades internas»¹⁰. En aquel proceso, cuestionarios y *bios* confluyeron con otros instrumentos de valoración cada vez más sofisticados, como las verificaciones (проверка), las características (характеристики) o, a partir de 1926-27, las autocríticas (самокритика). Se argumentó que estas últimas potenciarían la participación desde abajo gracias a la denuncia, impulsarían la socialización masiva de la cultura bolchevique y asegurarían la eliminación de elementos nocivos, una etiqueta laxa que entremezcló abundantes categorías sociales, políticas y mora-

8. Brigitte Studer y Berthold Unfried, *Der stalinistische Parteikader. Identitätsstiftende Praktiken und Diskurse in der Sowjetunion der dreißiger Jahre*, Colonia, 2001, 122-123.

9. Igal Halfin, “From darkness to light: student Communist autobiography during NEP”, *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 4, 1997, 34-65.

10. James Harris, *El gran miedo. Una nueva interpretación del Terror en la Revolución Rusa*, Barcelona, 2017, 78-82.

les¹¹. A la altura de 1930, cuando el partido soviético disponía ya de un eficaz departamento de cuadros, las prácticas autobiográficas se habían sedimentado en múltiples escalas: en los centros de trabajo urbanos y en las explotaciones agrarias, en el ejército o ante la simple necesidad de hacerse con un pasaporte interno. En todos esos ámbitos proliferaron las comisiones de control administrativo y político¹². Sheila Fitzpatrick ha recuperado la idea de Herbert Zilber de que «la primera gran industria socialista fue la producción de expedientes». Un ingente archivo material, nutrido en la Unión Soviética por una documentación que, llegado el caso, podía ser potencialmente comprometedor o en la que no faltaron tampoco las falsificaciones procedentes de un activísimo mercado negro¹³.

La ponencia de Otto Kuusinen y Wilhelm Koenen presentada al III Congreso de la IC (1921) se hizo eco temprano del objetivo de la gestión orgánica gracias a la concentración de datos. Se afirmó que, para lograr «la mayor centralización posible» en los partidos nacionales y en la IC, era «necesario dedicarse a construir una red» de informes. Los afiliados debían elevarlos a las células y toda sección «al comité inmediatamente superior»¹⁴. Tres años más tarde, en el V Congreso, se estableció la obligación de que todo extranjero llegado a la Unión Soviética redactase un currículum político detallado. En paralelo a la articulación de una trama cada vez más densa de emisarios y delegados, la IC acumuló un creciente volumen de autobiografías de dirigentes nacionales, de informaciones sobre emigrados o de datos sobre funcionarios de la institución¹⁵. Todos esos fondos fueron sistematizados por su Sección de Cuadros a partir de 1932. Cuatro años después se auditaron las fichas acumuladas y se verificó a 35.000 refugiados, testados mediante criterios como los orígenes sociales, sus posibles conexiones con grupos tildados de trotskistas o bujarinistas o sus trayectorias fuera de la organización comunista. Otra instancia sometida a constante supervisión autobiográfica fue la Escuela Internacional Lenin (EIL), dedicada desde 1926 a formar cuadros europeos o americanos. El suministro de información comenzaba con el envío a Moscú de los antecedentes de los candidatos propuestos cada partido. Una vez en la capital soviética, estos debían cumplir un detallado cuestionario, así como redactar y defender varias veces su autobiografía como ejercicio de examen, con el objeto de demostrar la asimilación doctrinaria y actitudinal o las destrezas en la redacción de ego-documentos políticos¹⁶.

11. David Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization. Ideas, Power, and Terror in Inter-War Russia*, Oxford, 2007, 201-241.

12. Véanse, por ejemplo, los testimonios de Paulina y Adelina Abramson en *Mosaico roto*, Madrid, 1994, 13.

13. Sheila Fitzpatrick, *Tear Off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Princeton, 2005, 15-16

14. Otto Kuusinen y Wilhelm Koenen. *Thèses sur la structure et organisation des partis communistes*. Moscú, 1921, 4-14.

15. Brigitte Studer, *Reisende der Weltrevolution. Eine Globalgeschichte der Kommunistischen Internationale Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft*, Berlín, 2020.

16. Cfr. con Brigitte Studer, “L’être perfectible. La formation du cadre stalinien par le « travail sur soi »”, *Genèses*, 2, 51, 2003, 92-113

La institucionalización del control biográfico en las secciones nacionales también se consagró en aquel período, el paralelo al encumbramiento de Stalin. El hábito se había introducido inicialmente en las escuelas europeas más relevantes: la Rosa Luxemburg del Partido Comunista Alemán (KPD), o las de Bobigny y Clichy del PCF, constituidas a mediados de los años veinte¹⁷. La creación de los departamentos de cuadros terminó de consolidar estas prácticas coincidiendo con la consagración del liderazgo de Ernst Thälmann en el partido alemán (1928) y de Maurice Thorez en el francés (1930-32), tras una tortuosa secuencia de tensiones y la neutralización de facciones disidentes. Así, en 1931 se instituyó en el PCF una primera Commission des cadres, que fue renovada algo después. Maurice Tréand, un antiguo estudiante de la EIL y responsable del aparato ilegal del partido, se convirtió en cabeza visible de la Commission centrale de contrôle politique (CCCCP), instaurada en 1934 con cruciales responsabilidades en el terreno formativo y la seguridad interna, ramas que quedaron bajo la supervisión de Arthur Dallidet y Edmond Foezlin. Fue entonces cuando se generalizaron los cuestionarios pautados según la анкета soviética. En 1937 la CCCP llevó a cabo una verificación en la que se revisaron alrededor de seis mil autobiografías, incluyendo las de los miembros del Comité Central, diputados o cargos municipales¹⁸. Su heredera tras la Liberación fue la Section de montée des cadres (SMC), activa hasta mediados de los años sesenta. Igual que la CCCP, se responsabilizó de las «políticas de encuadre» y del chequeo biográfico al personal militante, a los miembros de las organizaciones de masas afines al PCF, a los estudiantes de las escuelas del partido o al denominado personal técnico¹⁹.

La evolución en el tiempo del registro autobiográfico en el PCF evidencia las etapas básicas de estas prácticas: los titubeantes inicios en las primeras escuelas de cuadros, la consolidación en vísperas de la II Guerra Mundial y la lenta desactivación tras 1956, hasta su definitiva desaparición a inicios de los años setenta. En otros casos, la clandestinidad forzó el reacomodo del hábito autobiográfico. El Partido Comunista Italiano (PCI) por ejemplo, dispuso de una sección de cuadros en Moscú desde 1932, bajo administración de Domenico Ciufoli y Antonio Roasio, en la que se fueron concentrando *bios* de dirigentes y cuadros. Sin embargo, en la Italia fascista la afiliación al partido se resolvió mediante la declaración autobiográfica oral. Por su parte, en septiembre de 1935, en una reunión celebrada en Moscú entre representantes de la IC, del Partido Comunista de España (PCE) y varios dirigentes catalanes, Ernö Gerö enfatizó la importancia de inquirir antecedentes. «Cuando un militante comete un error es importante saber cuales son las causas», afirmó. Debía conocerse «su pa-

17. El alemán Alfred Kurella, uno de los delegados de la IC en Francia, se encargó de la dirección de ambas escuelas entre 1925-26. A él se debe la publicación de *La génération léniniste du prolétariat français*, una pionera recopilación de autobiografías de varios alumnos de la primera promoción de Bobigny publicada en Moscú en 1925. El texto fue, por tanto, anterior a los materiales biográficos y autobiográficos de numerosos dirigentes bolcheviques recogidos en la popular *Enciclopedia Granat* (1927-29).

18. Bernard Pudal y Claude Pennetier, *Le soufflé d'Octobre 1917. L'engagement des communistes français*, Ivry-sur-Seine, 2017, 46-60.

19. Paul Boulland, «Sortir du rang ? Rapports à l'usine des cadres ouvriers communistes», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1-2, 2013, 54-71.

sado político, su origen social», diferenciando entre quien fue «siempre fiel al partido (y tuvo) una posición justa en todas las situaciones» y el que había errado²⁰. Pero hubo que esperar a una resolución del Secretariado de la IC del 25 de enero de 1936 para que se instituyese la Sección de Cuadros del PCE, disposición que completó con otra directiva de junio sobre creación de escuelas políticas. La Sección de Cuadros nació con el objeto de desarrollar «una política sistemática de verificación, preparación (y) promoción», aspecto que tomó forma definitiva durante la Guerra Civil, en unas coordenadas determinadas ya por el conflicto bélico y por el espectacular crecimiento de la organización española²¹.

La producción biográfica en las Brigadas Internacionales (BBII) también respondió al objetivo de la recolección y la sistematización informativas y, en buena medida, marchó en paralelo con la cristalización del aparato de cuadros del PCE, hasta acabar confluyendo con él. Algunos interbrigadistas redactaron sus *bios* desde el otoño de 1936, unos materiales que podían acabar canalizados hacia múltiples instancias: al Comisariado de las Brigadas, a las secciones de extranjeros del PCE y del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), hacia los departamentos de la base de Albacete, incluyendo sus sucesivas secciones de cuadros, o bien hacia organismos de inteligencia y represión, como el Servicio de Investigación Militar (SIM)²². Desde inicios de 1938 parte de los fondos biográficos se derivaron a la Comisión de Cuadros Extranjeros del PCE, encabezada por André Marty. El organismo surgió para centralizar los expedientes de los voluntarios comunistas y aminorar la densa ramificación de estructuras de control²³. Durante aquel año se multiplicaron las solicitudes de acceso al partido –cerca de dos mil, normalmente cursadas mediante la *Biografía de militantes*, un impreso estandarizado con 65 preguntas–, acompañadas con frecuentes relatos autobiográficos de extensión variable.

Autobiografía y sujeto comunista

El marco general que acaba de ofrecerse resalta los sesgos de la vinculación orgánica y de la fiscalización en la autobiografía comunista, en una onda histórica surgida del epicentro soviético con sucesivos reflejos nacionales desde los años treinta. La apertura de los archivos soviéticos reavivó el análisis de cuestiones directamente relacionadas con esta perspectiva, como las relaciones de poder en la IC, las conexiones centro-periferia y sus grados de

20. Archivo de Historia Político-Social de la Federación Rusa (RGASPI), 495/32/178.

21. RGASPI, 495/20/262 y 495/20/263. Respecto a la autobiografía comunista en España resalta Gina Herrmann, *Written in Red. The Communist Memoir in Spain*, Chicago, 2009, donde se estudian diversas narrativas públicas. Sobre la autobiografía de partido, José Carlos Rueda, “Yo confieso. Autobiografías y prácticas orgánicas comunistas durante los años 30”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40, 2018, 275-302, o “Autorretratos en rojo: explorando la autobiografía comunista”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 19, 4, 2018, 407-426.

22. Peter Huber y Michael Uhl, “Die Internationalen Brigaden: politische Überwachung und Repression nach Sichtung der Russischen und westlichen Archivatken”, *Ebre* 38, 2, 2008, 11-34.

23. Palmiro Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, 1980, 175-176.

autonomía o el impacto de la Gran Purga en dicho organismo, a lo que se añadieron investigaciones acerca del aparato funcional, sus cuadros, organigramas y rutinas, o sobre el ego-documento comunista, todo a la luz de una apabullante masa documental²⁴. Ello se produjo, además, en unas coordenadas en las que se dejó sentir una intensa reformulación historiográfica influida por los giros cultural y lingüístico²⁵. De ahí el interés por las esferas de la subjetividad con ecos, muy visibles, procedentes de las contribuciones del último Foucault sobre tecnologías del poder y del yo. Se trata de un campo, sin duda polémico y ambiguo, interesado por abordar la interiorización de las experiencias, las percepciones y los valores asumidos por el sujeto²⁶. Y, más en concreto, por las formas de su compromiso y militancia, las dinámicas de construcción reflexiva de la conciencia política o las relaciones entre esa elaboración interior y el proyecto antropológico bolchevique, su incidencia o reacomodos en otras organizaciones comunistas.

Varios trabajos han resultado capitales a la hora de concretar el estudio de la subjetividad soviética de los años veinte o treinta. Destaca, en primer término, la monografía de Stephen Kotkin dedicada a la localidad industrial de Magnitogorsk, una ciudad de nueva planta levantada al sur de los Urales, al socaire del primer plan quinquenal y rápidamente erigida en paradigma de hábitat socialista²⁷. Kotkin argumentó que, frente a la imagen tópica del estalinismo como un régimen exclusivamente coactivo que fomentó la pasividad, el microcosmos urbano de Magnitogorsk constató, a pequeña escala, un estalinismo mucho más proactivo, implicado en la (re)construcción identitaria del individuo mediante intensos programas de politización. Unas prácticas resueltas frecuentemente gracias a la implicación social asociada a la emulación o a la competitividad estajanovista, y que incluyó ejercicios performativos como las autobiografías presentadas y defendidas oralmente. Dichas declaraciones suponían, según Kotkin, unos «juegos de identidad». Incorporaron formulismos lingüísticos y códigos semánticos cada vez más estandarizados («hablar bolchevique»). E, igualmente, actuaron de mecanismo para testar la inserción del individuo en el universo político-cultural oficial y apreciar su compromiso. De ahí la trascendencia adquirida por ciertos rasgos –resaltar el linaje proletario, las manifestaciones de activismo, la temprana edad al comenzar a trabajar o el hecho de formar parte de una familia estructurada–, con el fin de subrayar la identificación personal con la pauta modélica del «trabajador soviético». Sin embargo, tales tácticas narrativas no deben interpretarse como

24. Studer, Brigitte y Unfried, Berthold, “At the beginning of a history: Visions of the Comintern after the opening of the archives”, *International Review of Social History*, 42, 3, 1997, 419-446.

25. Kevin McDermott, “Archives, power and the Cultural Turn: Reflections on Stalin and Stalinism”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 1, 2004, 5-24. Dos muestras diferenciadas de esa reorientación serían Jean Vigreux y otros autores, *Cultures communistes au XXe siècle: entre guerre et modernité*, París, 2003, o Andreas Wirsching, “¿Violence as discourse? For a linguistic turn in Communist History”, *Twentieth Century Communism*, 2, 2010. El número 9 de dicha revista se dedicó en 2015 al “giro cultural”.

26. Para una reciente lectura crítica sobre los claroscuros de la reflexión foucaultiana, Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Madrid, 2020, 167-207.

27. Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain. Stalinism as Civilization*, Berkeley, 1995, especialmente 198-235.

un unívoco «dispositivo hegemónico que lo explique todo y, por lo tanto, nada». Más bien constituyeron «un campo de juego» en el que también cupieron la adaptación o la habilidad para usar unas normas de (auto)reconocimiento intensamente socializadas.

Un segundo trabajo clave, de Jochen Hellbeck, abordó un corpus de medio centenar de diarios privados redactados en la URSS durante la década de los treinta²⁸. Sus autores presentaban una notable disparidad por sexo, edad, origen, ocupación o responsabilidades políticas. No obstante, los relatos ofrecían también unos nítidos rasgos comunes: un cariz de espacios abiertos a la reflexividad personal, además de una intensa ideologización, en coherencia con lo que Hellbeck consideró como un esfuerzo sincero para conciliar la interiorización consciente de las normas y códigos del sistema soviético y la perspectiva personal de implicarse en su edificación como activo sujeto comunista. Una buena muestra de ese sentimiento la encontraríamos, por ejemplo, en las amonestaciones autocríticas manuscritas en muchos diarios íntimos. Tales reproches se entendieron, en el diálogo consigo mismo, como un paso ineludible para lograr una rigurosa disciplina, la propia del auto-cultivo personal y la conversión en un «hombre nuevo».

Hellbeck ha destacado la importancia otorgada por el sistema estalinista a los moldes personales al apuntar la presencia de una «conciencia biográfica intensificada», alimentada gracias al juego reflejo entre biografías modélicas y afirmaciones autobiográficas que se articularon a través de múltiples vías: documentos orgánicos reservados, o interrogatorios policiales, pero también cartas públicas en prensa. En todos esos textos intervinieron pautas y estándares claramente preestablecidos, además del importante protagonismo de la dimensión subjetiva encarnada, por ejemplo, en la imagen del individuo consciente que asumía el reto de su auto-transformación y viajaba «hacia la luz»²⁹. De hecho, otro estudio reciente del propio Hellbeck, que ha recopilado y comentado diversos diarios de combatientes soviéticos en Stalingrado, retoma la misma consideración con el objeto de resaltar el esfuerzo –y los logros– en la socialización cultural comunista. Los diarios de guerra nuevamente manifestaron una subjetividad henchida de idealismo, que interiorizaba los mitos colectivistas o la encendida sensación de que sus autores fabricaban la Historia, hasta desembocar en «una forma unificada de ver el mundo». La explicación tradicional ha considerado que tales expresiones no serían más que el fruto del adoctrinamiento y la inflación propagandística, una perspectiva que Hellbeck ha relativizado al recalcar que no se trató de una simple cacofonía de eslóganes reiterativos. Más bien evidenciaron «la transformación del pensamiento y la conducta

28. Jochen Hellbeck, *Revolution on my Mind. Writing a Diary under Stalin*, Harvard, 2009. Del mismo autor, e incidiendo en la misma temática, véanse “Working, struggling, becoming: Stalin-Era autobiographical texts”, en Brigitte Studer y otros autores (eds.), *Parler de soi sous Staline. La construction identitaire dans le communisme des années trente*, París, 2002, 167-192, y “Self-realization in the Stalinist System : Two Soviet diaries of the 1930”, en David L. Hoffmann y Yann Kotsonis (eds.), *Russian Modernity. Politics, Knowledge, Practices*, Houndmills, 2006, 221-243.

29. Jochen Hellbeck, “Galaxy of black stars: the power of Soviet biography”, *American Historical Review*, 114, 3, 2009, 615-624.

de sus autores», así como el éxito de una estrategia orientada a hablar «sobre sí mismos de una forma que, desde arriba, se creía, influiría decisivamente en pensamientos y acciones»³⁰.

Otro compendio de monografías destacables dedicadas a la subjetividad comunista son obra de Igal Halfin³¹. En su conjunto, se acercan a las políticas y a los frutos del empeño autobiográfico soviético entre inicios de los años veinte y el momento álgido del Terror, atendiendo a las *bios* y a otros testimonios sobre lo personal registrados en el medio urbano, principalmente en Leningrado. Entre las claves subrayadas por Halfin sobresalen tres aspectos. De un lado, la advertencia del lenguaje como una herramienta activa para el modelaje individual. En segundo lugar, la percepción de la cultura estalinista como una cosmovisión compacta, dotada de unas dimensiones instrumentales de alcance antropológico, mesiánico y escatológico. Y, en tercer término, la clara derivación desde las técnicas de auto-cultivo propias de los años veinte a las de «auto-inspección» en las «narrativas de conciencia» de los treinta, un asunto que se reflejaría especialmente en el abundante corpus autobiográfico inculporio que antecedió y acompañó a la Gran Purga.

Los estudios de caso sobre subjetividad soviética no han estado exentos de crítica. Sheila Fitzpatrick ha reconocido su desconfianza a la sobrecarga teórica de estos trabajos o a ciertas nociones totalizadoras –ideología, discurso–, de alambicado encaje en las coordenadas de lo cotidiano o ante la ubicuidad identitaria expresada, por ejemplo, en la impostura autobiográfica³². Catherine Depretto se ha preguntado, por su parte, si la óptica de la subjetividad no ha forzado una oposición artificial frente a la categoría alternativa de subjetividad liberal-democrática, al tiempo que ha considerado que no pueden generalizarse las conclusiones del estudio de Hellbeck al basarse en un corpus de apenas unas decenas de diarios³³. No obstante, el eje central de debate se encuentra en si el enfoque post-social ha relativizado el Terror y las prácticas represivas estalinistas, aunque igualmente se ha considerado que los análisis de Kotkin, Hellbeck o, sobre todo, Halfin, mediante el recurso a la autonomía del sujeto, realmente sugerirían una cierta reactualización del viejo paradigma totalitario. Las autobiografías enfatizaron la construcción personal, voluntaria y consciente, pero en un entorno de durísima regulación, propio de un «totalitarismo participativo», caracterizado por el poder del discurso, por la mitificación oficial de un yo ideal o por el obsesivo anatema inquisitorial

30. Jochen Hellbeck, *Stalingrado. La ciudad que derrotó al Tercer Reich*, Madrid, 2018, 32-33 y 87-90.

31. Igal Halfin, *From Darkness to Light, Class, Consciousness, and Salvation in Revolutionary Russia*, Pittsburgh, 2000; *Intimate Enemies: Demonizing the Bolshevik Opposition, 1918-1928*, Pittsburgh, 2007; *Stalinist Confessions: Messianism and Terror at the Leningrad Communist University*, Pittsburgh, 2009, y *Red Autobiographies: Initiating the Bolshevik Self*, Washington, 2011.

32. Sheila Fitzpatrick, *Tear Off the Masks! ...*, 8-9.

33. Catherine Depretto, «La Soviet Subjectivity: Le journal personnel come laboratoire du moi dans la URSS stalinienne», en Claude Penetier y Bernard Pudal (eds.), *Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du « moi »*, Rennes, 2014, 28-31.

sobre los textos que acabaron evaluados como desviados, un hecho que, con frecuencia, abrió la puerta para la ulterior eliminación de sus autores³⁴.

Otro punto del debate tiene que ver con los problemas asociados a la exportación e indigenización del patrón autobiográfico comunista fuera de la URSS. Este aspecto suscita diversos interrogantes: ¿Las *bios* occidentales reiteraron las mismas claves presentes en la producción autobiográfica soviética o presentaron diferencias cualitativas?, ¿Se sometieron a factores de diferenciación en cada espacio nacional? Y de ser así, ¿Qué condicionantes específicos pudieron operar en ellas (de clase, educativos, de edad, de género...)? Distintos estudios se han cuestionado si las organizaciones comunistas impusieron unas pautas rígidas de auto-representación a los autores de las *bios*, o bien si estos tuvieron capacidad de negociación dentro de unas coordenadas narrativas obviamente muy politizadas. Contamos, al respecto, con varias monografías que se han acercado a las particularidades de la producción autobiográfica en distintas localizaciones del espacio cultural comunista europeo. Una de ellas, ya comentada, fue la IC, un ámbito en el que se impulsó con celeridad la obligación del relato autobiográfico. Según Brigitte Studer, su naturaleza distintiva resultó paradójica, pues las *bios* fueron, en primera instancia, declaraciones de individualidad, aunque corregidas según los filtros de los esquemas normativos soviéticos. De hecho, Studer recuerda que existieron guías en la IC sobre cómo redactar las autobiografías. Desde esa premisa cabría colegir que su estandarización impidió que sirviesen como registros libres de la experiencia, limitándose a recoger lo que se consideró que debía ser «el desarrollo político correcto de un activista de partido»³⁵.

Sin embargo, tanto Studer como Kevin Morgan han destacado también la riqueza del amplísimo corpus de la *bio* comunista transnacional y sus posibilidades, cara al análisis sociobiográfico. Ambos autores han indicado la importancia de este tipo de narrativas en los procesos de interiorización cultural al conciliar unas determinadas «rejillas interpretativas» institucionalizadas con el esfuerzo por «trabajar sobre uno mismo» según una cierta creatividad comunista³⁶. En paralelo, las *bios* compondrían unas fuentes documentales de primer orden para entender la amplia diversidad de elementos presentes en la percepción de sus autores: las motivaciones del compromiso político, las modalidades del trabajo partidario, las formas de vida, las vías de aprendizaje, el retrato de las experiencias o la caracterización de los entornos familiares y laborales. Asimismo, ayudarían a establecer múltiples comparaciones –sincrónicas, diacrónicas o generacionales–, adoptando como objeto de atención diversas cohortes de afiliados o de cuadros³⁷. Y a todo lo indicado cabría sumar que su examen permite tocar asuntos como la «auto-escritura», entendida como práctica singular en la cultura comunista. O apro-

34. Astrid Hedin, “Stalinism as a Civilization: New Perspectives on Communist Regimes”, *Political Studies Review*, 2, 2004, 166-172.

35. Brigitte Studer, *The Transnational World of the Cominternians*, Nueva York, 2015, 76-77.

36. Brigitte Studer y Berthold Unfried, “Parler de soi sous Staline”, en Brigitte Studer y otros autores (eds.), *Parler de soi sous Staline...*, 5-7 y Brigitte Studer, *The Transnational...*, 17-18.

37. Brigitte Studer, “Communism as existential choice”, en Silvio Pons (ed.), *The Cambridge History of Communism*, Cambridge, 2017, 475-502.

ximarnos al empleo de conceptos tópicos o de hitos de memoria por parte de los miembros de sus comunidades interpretativas. Cabría vincular estos últimos extremos con la presencia de un «internacionalismo subjetivo», fundado en unas señas de identidad y en unas cosmovisiones compartidas, pero igualmente abiertas a usos culturales diferenciados³⁸.

Bernard Pudal y Claude Pennetier han abordado, a su vez, las particularidades de un fondo de varios cientos de autobiografías de dirigentes y de cuadros del PCF, redactadas a lo largo de los años veinte y treinta, que acabaron depositadas en la Sección de Cuadros de la IC³⁹. Sus principales conclusiones destacan que las *bios* supusieron un «rito de institución» decisivo en las políticas de gestión de cuadros del PCF y en el objetivo de lograr un control sobre la «totalidad de la vida militante» a través del rigorismo curricular, de un catálogo cerrado de valores y de insistir en un paradigma de vida militante, fiel, abnegada y sin fisuras. En este sentido, la autobiografía de partido permite apreciar, desde una mirada socio-biográfica, el fenómeno del modelaje militante. Sin embargo, junto a esa dimensión ideal, los relatos autobiográficos del PCF asimismo revelan «múltiples declinaciones individuales», potenciales tensiones entre una «subjetividad libre» y el sometimiento al partido o complejos modos de apropiación y uso de la identidad comunista por parte de afiliados y cuadros. La cuestión desemboca entonces en trabajar con la categoría histórica de identidad no como apriorismo absoluto, sino como proyección en la que incidió la maquinaria socializadora del partido además de la fenomenología plural de la auto-construcción personal. Un buen ejemplo, procedente de este enfoque, lo encontramos en el estudio dedicado por Pennetier y Pudal al dirigente del PCF Albert Vassart, autor de sucesivas *bios* para el partido (en 1925, 1931 y 1933), de unas *Memorias* (1950) y de una intensa correspondencia con su compañera sentimental Cilly Geisenberg (1928-31)⁴⁰.

38. Sabine Dullin y Brigitte Studer, “Communism + Transnational: the rediscovered equation of Internationalism in the Comintern years”, *Twentieth Century Communism*, 14, 2018, 5-7, y Kevin Morgan, “Parts of the People and Communist Lives”, en John McIlroy y otros autores (eds.), *Party People, Communist Lives. Explorations in Biography*, Londres, 2001, 23-24.

39. Claude Pennetier y Bernard Pudal, “For intérieur et remise de soi dans l’autobiographie communiste d’institution (1931-39); L’étude du cas Paul Esnault”, en *Le for intérieur*, París, 1995, 325-340; “La vérification (l’encadrement biographique communiste dans l’entre-deux-guerres)”, *Genèses*, 23, 1996, 145-163; “La certification scolaire communiste dans les années trente”, *Politix*, 9, 35, 1996, 69-88; “Communist prosopography in France: Research in progress based on French institutional communist autobiographies”, en Kevin Morgan y otros autores (eds.), *Agents of the Revolution. New Biographical Approaches to the History of International Communism in the Age of Lenin and Stalin*, Berna, 2005, 234-254, o “La politique d’encadrement. L’exemple français”, en Michel Dreyfus y otros autores (eds.), *Le siècle des communismes*, París, 2000, 359-368. Pudal y Pennetier son responsables, asimismo, de dos estudios colectivos con aportaciones por ámbitos geográficos, momentos históricos y tipologías de egodocumentos: *Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste*, París, 2002 y *Le sujet communiste...* También son responsables de proseguir el vasto empeño del gran diccionario sobre el movimiento obrero francés, Jean Maitron y Claude Pennetier (eds.). *Dictionnaire biographique, mouvement ouvrier, mouvement social*, París, 1964-97.

40. “L’auto-analyse d’un dirigeant communiste et d’un couple communiste: Albert Vassart et Cilly Geisenberg-Vassart”, en *Le sujet communiste...*, 105-138.

En paralelo, las prácticas autobiográficas patentizarían, según Pudal y Pennetier, la presencia de una diversidad de tácticas textuales con grados diferentes de reflexividad o de sofisticación literaria. Como han afirmado, el responsable «de una autobiografía (tenía a su disposición en los años treinta) un abanico de posibilidades estilísticas». Ello se tradujo en diferentes posicionamientos enunciativos, en disímiles grados de distancia crítica o en una diversidad de justificaciones retóricas y de tácticas de negociación discursiva. Un abanico de opciones que apuntan a una taxonomía de la *bio* comunista ligada con las experiencias políticas personales y con el historial singular de los biografiados, con sus orígenes socio-educativos, con su acomodo, o no, en funciones orgánicas o con sus habilidades literarias y argumentales⁴¹.

Desde los años noventa se han publicado otras aproximaciones a corpus autobiográficos parciales, nacionales o locales⁴². En este sentido cabe resaltar a Mauro Boarelli, responsable de una monografía que sistematiza un extenso fondo de alrededor de 1.200 autobiografías redactadas por algo más de un millar de militantes boloñeses entre 1945 y 1952⁴³. Mientras que Pennetier y Pudal han estudiado básicamente cuadros del PCF, el colectivo analizado por Boarelli estuvo nutrido por un sujeto de base articulado por clases subalternas llegadas en aluvión al PCI tras la Liberación que, con frecuencia, se enfrentaron por vez primera a la experiencia de la escritura al tener que redactar su *bio*. Ese hecho generó, según Boarelli, una tensión entre el rigorismo del formato –y su intensa tendencia a la estandarización– y los usos populares del lenguaje, hasta devenir en un juego de interacciones y en una legitimación recíproca, pero asimétrica. La autobiografía de partido indudablemente operó como instrumento de mediación entre el PCI, la «instancia de poder», y el afiliado, trastocado tan circunstancialmente en autor. La narración personal permitió escenificar su subordinación a

41. Claude Pennetier y Bernard Pudal, “Écrire son autobiographie (les autobiographies communistes d’institution, 1931-1939)”, *Genèses*, 23, 1, 1996, 53-75.

42. La bibliografía cubre un amplio espectro de espacios y momentos: Gian Carlo Onnis, “La gioia di essere e il sacrificio di vivere. Autobiografie di comunista savonesi, 1945-1956”, *XX Secolo*, 7-8, 1993, 12-21; James R. Barrett, “Was the personal political? Reading the autobiography of American Communism”, *IRSH*, 53, 2008, 395-423; Brigitte Studer y Berthold Unfried, *Der Stalinistische Parteikader...*, 122-154; Karin-Irene Eiermann, “When I entered middle school, I was a great pessimist: The autobiographies of Chinese Communist Women in Moscow during the 1020s”, *Twenty-Century China*, 33, 2, 2008, 4-28; Denis Charbit, “Un singulier pluriel, ou la reconstitution du collectif dans l’autobiographie communiste”, *Elseneur*, 14, 1998, 113-140; Polly Jones, “Life as big as ocean: Bolshevik biography and the problem of personality from Late Stalinism to Late Socialism”, *The Slavonic and East European Review*, 96, 1, 2018, 144-173; Yury Zaretsky, “Confessing to Leviathan: The mass practice of writing autobiographies in the USSR”, *Slavic Review*, 76, 4, 2017, 1027-1047, o Walter Baroni, “Paradoxes of the self: the autobiographical construction of the subject in the Italian Communist Party and in Italian neo-feminism”, *Modern Italy*, 23, 1, 2018, 69-84. Como síntesis, Bruno Groppo, “Biografias e autobiografias como fontes para a história do comunismo. Os trabalhos de biografia coletiva após a abertura dos arquivos do Comintern”, *Revista Contemporânea*, 2, 2, 2012, 226-250.

43. Mauro Boarelli, *La fabbrica del passato. Autobiografie di militante comunista (1945-1956)*, Roma, 2007. Véase del mismo autor, “Écrire de soi sous contrainte. L’autobiographie dans le Parti communiste Italien (1945-1956)”, en Anna Iuso, (ed.), *Des vies sur ordonnance, L’injonction autobiographique*, París, 2007, 87-102.

la organización, pero a través de un ejercicio en el que no todo fue acatamiento ciego y donde también cupieron la autorreflexión crítica o las dudas.

De otra parte, Boarelli ha resaltado la naturaleza de las *bios* populares boloñesas como peculiares prácticas de memoria sobre el proceso de aprendizaje político. Según sus hipótesis, el hecho de afrontar la confesión autobiográfica deparó un «endurecimiento» de los recuerdos personales, pues estos se vieron sometidos a la necesidad de otorgar sentido a toda la existencia para explicarla desde un punto de vista normativizado y presentista. Se trató, pues, no de una práctica de memoria acumulativa, sino selectiva. Ello manifestaría esa asimetría de poder encarnada en el uso y el control del lenguaje, patentizando un ejercicio de hegemonía y de subordinación simbólica. El PCI manejó su propia jerga, su «habla bolchevique», un barómetro que podía permitir la cualificación de la calidad militante. En el otro extremo, el grueso de esa masa de afiliados, integrada por trabajadores semi-analfabetos, tendieron a resolver su relato a través de lo que, muchas veces, no fueron sino discursos orales ajustados al registro escrito.

En todo caso, la metodología comparada permite localizar pautas recurrentes en la autorrepresentación desde la premisa de que la *bio* comunista nos enfrenta, en su conjunto, a un «entrelazamiento y a una superposición entre un camino real y otro ideal», nutrido por ciertos tópicos y por temas comunes de memoria⁴⁴. Los eventos vitales fueron percibidos y explicados habitualmente en una secuencia coherente finalista (el relato encaminado a justificar la militancia). Abundó, igualmente, la representación de la infancia y del entorno familiar a través de anécdotas episódicas recubiertas de sentido metafórico, como si de parábolas se tratase, junto a la tendencia a situar en esos años una conciencia primitiva de clase y de identidad política. Tampoco faltaron los estereotipos y la idealización, a veces gracias a imágenes literarias, de la madre o de la maternidad. O la tendencia a significar las relaciones familiares como microcosmos de relaciones sociales más amplias en el que cabían expresiones de solidaridad y economía moral, pero igualmente de autoridad o violencia. En todo caso, muchas *bios* entendieron a las instancias básicas de socialización –familia, escuela– como fraguas de la identidad militante, o evocaron el contexto laboral como el espacio natural de las desigualdades y la cristalización de la conciencia de clase.

El trabajo ocupó siempre una posición central en la *bio* comunista transnacional al constituir una suerte de nudo discursivo al narrarse la transformación personal. Otro aspecto compartido en las autobiografías anteriores a 1939 y las italianas posteriores a la II Guerra Mundial fue la asociación entre la militancia y el empeño, frecuentemente autodidacta, por procurarse una formación, por ejemplo, a partir de lecturas políticas. También las afirmaciones de orgullo al evocar actos de resistencia, enfatizando la participación en huelgas o los episodios de encarcelamiento y tortura. O la idealización de la URSS. Al respecto, el corpus autobiográfico italiano posterior a 1945 ha servido asimismo de fuente en el análisis dedicado por Rosario Forlenza al mito de Stalin, entendido como construcción cultural surgida

44. Boarelli, Mauro, “Il mondo nuovo. Autobiografia di comunista Bolognese, 1945-1955”, *Italia Contemporanea*, 82, 1991, 55-63.

«desde abajo», símbolo y narrativa capaz de concitar unos encendidos significados emotivos en el contexto existencial crítico de la II Guerra Mundial⁴⁵.

¿Un comunismo gerencial?

Brigitte Studer y Berthold Unfried han subrayado cómo el VII Congreso de la IC defendió una política de gestión que asimiló «normas casi empresariales». En este sentido, el Congreso de 1935 apostó por un esquema funcional definido por una mayor división del trabajo en el aparato de la IC y por la disciplina burocrática. Insistió en pautar, por ejemplo, asuntos como la puntualidad y la regulación de unos horarios de oficina, el trabajo ordenado o la productividad de las tareas. Se llegaron a asumir, incluso, métodos sancionadores afines a la lógica del *management* capitalista que incluían reducciones salariales por ausencias laborales injustificadas⁴⁶.

Sin embargo, aspirar a la especialización y a la racionalización de tareas no era algo nuevo en las estrategias de gestión en la IC. Muchos documentos anteriores atestiguan el interés por aplicar este tipo de objetivos. Un extenso memorándum fechado en 1931, probablemente obra del búlgaro Stepan Mínev («Stepanov»), desmenuzó funciones y ritmos de trabajo en el Secretariado Romano en un tono de exaltada hiperactividad. La sección fue definida por oposición: «no es una sociedad de estudios históricos, arqueológicos, sociológicos, filosóficos ni un círculo de auto-educación», sino un núcleo receptor de información y emisor de orientaciones y análisis entre la IC y los partidos del sur de Europa. El Secretariado debía realizar labores de control garantizando el cumplimiento de las directivas cominternianas, y, llegado el caso, «revelar a tiempo los errores, las faltas, desviaciones» y afrontar «cuestiones delicadas, litigios y su discusión». Para ello las actividades debían someterse a un trabajo funcional con horarios marcados y reuniones regulares entre sus miembros. De este colectivo –en el que figuraban el propio Stepanov junto a Dmitri Manuilsky, André Ferrat o Kurt Müller– dependían otros muchos colaboradores ocasionales y diversas comisiones. Además, el Secretariado era responsable de establecer una agotadora agenda de tareas para los representantes de los partidos nacionales que estuviesen en Moscú, así como resolver la redacción de directivas o planificar y coordinar una inacabable miríada de grupos de trabajo⁴⁷.

La obsesión burocrática se contagió a la Comisión de Extranjeros del PCE, la instancia responsable de centralizar y gestionar el control de interbrigadistas y de impulsar el trabajo de propaganda o de cuadros, encabezada por André Marty, Franz Dahlem y Edoardo D'Onofrio («Edo Romano»). Para su organización técnica se reguló milimétricamente la rutina diaria⁴⁸. Idéntico espíritu guio, en febrero de 1938, los requerimientos de André Marty

45. Rosario Forlenza, “The Soviet myth and the making of communist lives in Italy, 1943-56”, *Journal of Contemporary History*, diciembre de 2021 (online first).

46. Brigitte Studer y Berthold Unfried, “At the beginning of a history...”, 429-432.

47. RGASPI, 495/32/86.

48. RGASPI, 545/6/8.

a los responsables de las células militares del PCE en que hubiese extranjeros⁴⁹. Les exigió que en el plazo de unos días enviasen las relaciones nominales y sus opiniones sobre las conductas «política y moral» de los interbrigadistas, a su vez obligados a cumplimentar el cuestionario biográfico «concretamente», «sin escamotear preguntas». Cada solicitud se acompañaría de un informe de verificación que notificase el trabajo y la actividad de los candidatos a recibir el carnet del partido, aclarando cuál era su nivel formativo y su «estado físico y moral». Marty recomendaba redactar informes mensuales sobre cualquier afiliado «que se encuentre a tu alrededor y que puedas controlar tú mismo». De ese modo se oficializaba la lógica del control biográfico según el ideal del trabajo en cadena y la diseminación del trabajo de evaluación.

De hecho, la Comisión de Extranjeros recibió un verdadero aluvión de informes sobre comunistas internaciones, así como listados, materiales biográficos o características, aunque no faltaron tampoco las quejas por las informaciones incompletas, las dudas respecto a la calidad de muchas evaluaciones, a veces nutridas por simples rumores, o la sensación de saturación burocrática. «Desde hace casi un año», escribió Giuliano Pajetta («Georgio Camen»), uno de los responsables de cuadros, «nuestros camaradas han enviado a varias instancias dos o tres biografías cada uno, y ahora (pedirla) nuevamente va a parecer una cosa poco seria»⁵⁰. Poco después Edo Romano protestaba ante la Delegación del Comité Central del PCE que permanecía en Madrid por los confusos códigos empleados en las biografías que debían tramitar, en las que aparecían «signos, palabras, números, que no nos pueden servir sin haber sido explicados»⁵¹. En vísperas de la caída de Cataluña, Marty se lamentaba del descontrol existente en algunos comités del PSUC, que entregaban carnets gracias solo a algún aval. Semejante iniciativa destruía «todo el trabajo de control que hemos hecho», afirmó. «Los extranjeros que quedan en España y que quieren ser miembros de nuestro Partido deben dar –por varias razones– más garantías que (en) el pasado»⁵².

Cabe valorar los ejemplos mencionados –y muchos más que pueden rastrearse dentro y fuera de España– como constataciones de la teoría y la práctica de un comunismo gerencial. Con ello aludimos a la aplicación de estrategias de gestión interna que incluirían aspectos ya mencionados (hincapié en las tareas administrativas, en la especialización y racionalización de actividades, trabajo en cadena, revisión por pares...), junto al objetivo de optimizar recursos gracias al empleo metódico de protocolos internos. Este aspecto debe relacionarse, a su vez, con otros dos extremos importantes. De una parte, con la naturaleza otorgada al proyecto comunista como lógica modernizadora integral. Un cariz argumentado desde múltiples expresiones –culto a la superioridad socialista, obsesión por el modelaje social, apologías productivistas, exaltación de la eficiencia o de estrategias regeneradoras mediante mecánicas depuradoras...–, cuya enunciación más contundente se encarnó en el mito del estalinismo

49. RGASPI, 545/6/9.

50. RGASPI, 545/6/2.

51. RGASPI, 545/6/6.

52. RGASPI, 545/6/3.

en cuanto propósito de innovación radical e integral⁵³. Por otro lado, la categoría de comunismo gerencial operaría históricamente junto a otras marcas, asimismo afines con la percepción genérica de una gestión eficaz, que resultaron cardinales en los hábitos comunistas transnacionales: el hiper-liderazgo, la cooptación en lo que tuvo de promoción y padrinazgo político, la centralización compatible con la multiplicación de organigramas jerarquizados y diseminados en red, la fidelización de cuadros, la racionalidad científica, la acumulación de datos o las incesantes medidas de fiscalización orgánica.

Asumir la categoría de comunismo gerencial obviamente conlleva el reto de contrastar –y cuestionar– hasta qué punto adaptó influencias provenientes de la cultura empresarial en boga en el primer tercio del siglo XX. Sus raíces deben situarse en conexión con los modelos taylorista y fordista, en lo que tuvieron de organización científica del trabajo, de insistencia en la especialización y rutina de tareas, de fomento de departamentos y métodos de «ingeniería», de obstinación productivista o de iniciativas orientadas a la fidelización de los trabajadores. Igualmente cabe establecer, con las lógicas cauteladas, líneas de afinidad con otras muestras posteriores de la cultura empresarial. La imagen de empresario de nuevo cuño formulada por Frank Hyneman Right en su *Risk, Uncertainty, and Profit* (1921) lo presentaba como un ser racional y previsor, hasta el punto de estar dotado de un cierto providencialismo gracias al conocimiento, el aprendizaje y la experiencia. Semejante perfil puede correlacionarse con el ideal de alumno y con la filosofía pedagógica manejada en la EIL, que acabó exportándose a otras muchas escuelas nacionales. De hecho, la Escuela Leninista hizo suyo el espíritu didáctico que destilaba el Plan Dalton de Helen Pankhurst, volcado en el trabajo individualizado o en las estrategias de condicionamiento emocional. Otro tanto cabe considerar ante las afinidades existentes entre la idílica tipificación del «capitán de empresa», según el molde schumpeteriano, y la sublimación del cuadro comunista durante el estalinismo. O en lo relativo a las concomitancias entre la gran empresa, concebida como una estructura útil de gestión, y el partido comunista de masas entendido como organismo que requería de un *staff* directivo y técnico adiestrado, o de instancias ejecutivas y gerenciales hábiles en el marketing comercial (en este caso, en la propaganda política) o en las técnicas de competitividad y lucha en el mercado político.

Las correspondencias pueden proyectarse, asimismo, entre la *bio* comunista y las narrativas autobiográficas de algunos empresarios coetáneos. La autobiografía comunista coincidió con estas otras modalidades de afirmación personal, aparentemente opuestas, con las que compartía la exacerbación del espíritu de combate, la exaltación del compromiso o el

53. Sheila Fitzpatrick, *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000, 10-11. Sobre el estalinismo como proyecto modernizador destacan los estudios de David L. Hoffmann, “European modernity and Soviet socialism”, en Yanni Kotsonis y David L. Hoffmann (eds.), *Russian Modernity. Politics, Knowledge, and Practices*, Basingstoke, 1999, 245-260; *Stalinist Values. The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*, Ithaca, 2003, o *Cultivating the Masses. Modern State Practices and Soviet Socialism, 1914-1939*, Ithaca, 2011.

énfasis en la capacidad individual⁵⁴. Son los rasgos que destila la autobiografía del francés Ernest Mattern, redactada a finales de 1941, cuando era director general de fabricación y servicios técnicos en la Peugeot⁵⁵. No fue un texto destinado a publicarse, sino una reflexión reservada que acabó en la gerencia de la empresa. Mattern combinó la evocación familiar con recuerdos sobre su experiencia profesional, al tiempo que vertía abundantes opiniones acerca del trabajo industrial. La narración, un canto a los métodos científicos de gestión, enalteció la organización gerencial armónica bien engrasada, además de glorificar la figura del cuadro técnico legitimado gracias a la especialización, la fidelidad y la iniciativa. Unos rasgos, en definitiva, plenamente equiparables con el retrato ideal de cuadro comunista manejado durante la segunda mitad de los años treinta al otro lado del arco político.

Conclusiones: perspectivas desde (y ante) la autobiografía comunista

El análisis literario y cultural interesado por la narrativa autobiográfica ha presentado un giro muy visible en las últimas décadas. El enfoque tradicional estuvo dominado por la tesis de que este tipo de materiales permitían un mejor conocimiento, objetivo y directo, del autor y del entorno histórico donde aquel se emplazó. En cambio, desde los años setenta ganaron terreno las consideraciones que subrayaron que tales escritos abrían la puerta, más bien, a los recónditos territorios de la (auto)reflexividad. Finalmente, ya en las últimas dos o tres décadas, la atención se ha trasladado a las formas del discurso o a la estimación de la autobiografía como un artefacto retórico y una estrategia de articulación textual⁵⁶. Un arco de atención tan vasto ha requerido, inevitablemente, de un cambiante sustrato teórico. Uno de los hitos en dicha trayectoria se encuentra en la influyente reflexión de Philippe Lejeune y su compleja categoría de «pacto autobiográfico». Lejeune interpretó el relato autobiográfico como ejercicio inserto en un circuito de producción, circulación y recepción caracterizado por dos instancias necesariamente vinculadas (el autor y el lector). Su relación tomaría forma gracias a ciertas lógicas de sentido, establecidas en la codificación y en la lectura, con vistas a dotar a la autobiografía de entidad y credibilidad⁵⁷.

La noción del pacto autobiográfico resulta relevante en la interpretación histórica de la *bio* comunista. Su funcionalidad –un relato confeccionado para ser leído y valorado en el seno de las estructuras partidarias, lo cual condicionaba las expectativas del autor– en-

54. Yves Cohen, “Étude comparée de la subjectivité et du travail sur soi dans le communisme et le libéralisme entre les deux guerres”, en Claude Penneret y Bernard Pudal (eds.): *Le sujet communiste...*, 79-101.

55. Yves Cohen, “Un ingénieur et sa pratique. Les techniques et la subjectivité”, en *Documents pour l’Histoire des Techniques*, 15, 2008, 77-120.

56. James Olney, “Autobiography and the cultural moment: a thematic, historical, and bibliographical introduction”, en James Olney (ed.), *Autobiography Essays Theoretical and Critical*, Princeton, 1980, 34-56, y Alejandro Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*, Madrid, 2003, 39-41.

57. Philippe Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, 1994.

rraría entonces una suerte de contrato en el que intervendría el grado de comprensión del biografiado acerca del contexto político-cultural en que se inscribía su narración, así como la aceptación de la legitimidad de la instancia orgánica que habría de testar su calidad militante⁵⁸. Este esquema relacional problematiza, sin duda, la autobiografía de partido y subraya su sesgo ambivalente, inscribiéndola en la dualidad destacada por Jerome Bruner entre un «lado interior» –las ideas, sentimientos, creencias o memoria de aquel que rememora– y las «fuentes externas» –los patrones culturales, los intereses y los usos del relato en las estructuras en las que este circula–. Una perspectiva que apuntaría, en cierto modo, a que el «Yo es también el Otro»⁵⁹.

Pero las interacciones y la ambigüedad que cabe otorgar a la *bio* comunista no se agotan en el aspecto que acaba de mencionarse. Las páginas anteriores han puesto de relieve una diversidad de puntos de vista valorativos ante el reto de su abordaje y las problemáticas asociadas a sus usos, su rol de herramienta de poder, sus ductilidades, su implicación con las esferas de la subjetividad, su originalidad o su sometimiento a esquemas compartidos, «rejillas interpretativas» o taxonomías transnacionales. Al tiempo, el reto de su análisis exige de una adecuada contextualización que se interroga, entre otros posibles aspectos, por la inserción de la autobiografía de partido en las coordenadas de un comunismo gerencial característico de los años treinta.

Cabe subrayar asimismo que la reflexión más general sobre la autobiografía compone hoy un vasto campo atento a variables formales, semánticas, psicológicas, antropológicas, éticas o culturales. Igualmente se ha debatido la propia entidad de la memoria autobiográfica como género literario, planteándose, por ejemplo, su posible naturaleza como praxis abierta a la ficción o a la auto-ficción⁶⁰. Un buen punto de partida para trabajar con estas cuestiones consiste en problematizar la definición más elemental de autobiografía: aquella que la entiende como un texto que habla de uno mismo. Dicha afirmación enfatiza su radical sentido subjetivo, así como su carácter democrático (cualquiera puede escribir su autobiografía, aunque esta resulte personalmente intransferible). Sin embargo, dicha categorización encubre la presencia de pautas e iteraciones desde la perspectiva del género narrativo: la frecuente utilización de un orden temporal lineal como hilo conductor, los contenidos siempre recurrentemente selectivos o la conformación de las argumentaciones gracias a una combinación de afirmaciones (presencias), pero también de elusiones (ausencias) y de amnesias voluntarias o involuntarias. Y, en fin, su carácter como aseveración ubicada en ciertos espacios de circulación o recepción social (¿pública, privada, confidencial?), una cuestión que, a su vez, enturbia su rol de libérrima afirmación del yo soberano. Cabría considerar así que la

58. Mauro Boarelli, “Il mondo nuovo...”, 55-56.

59. Jerome Bruner, *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*, Buenos Aires, 2003, 94-96.

60. Julia Watson y Siddone Smith, *Reading Autobiography. A Guide for Interpreting Life Narratives*, Minneapolis, 2001; Claudette Delhez-Sarlet y Maurizio Catani (eds.), *Individualisme et Autobiographie en Occident*, Bruselas, 1983; Ángel G. Loureiro, *The Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*, Nashville, 2000, o Sebastian Hubier, *Littératures intimes. Les expressions du moi, de l'autobiographie a l'autofiction*, París, 2003.

autobiografía operaría en el espacio de la máxima creatividad personal. Pero tampoco parece difícil encajarla en los márgenes de un «orden del discurso» de ecos foucaultianos en lo que tiene de relato sometido a una reiteración estructural y formal, a una racionalidad social y a unas normas que regirían lo que es –y ha de ser, aunque sea para subvertirlo– el formato autobiográfico. En relación con tales consideraciones cabe revisar la definición anterior de autobiografía, explicándola más bien como un «acto narrativo guiado por modelos culturales (que han establecido) lo que debería ser esa (misma) narración»⁶¹.

Las pautas de género narrativo y de modelo cultural igualmente han permitido establecer una serie de distancias clarificadoras, significativas a nivel metodológico y de interpretación, entre las esferas de lo biográfico y lo autobiográfico. Anna Caballé ha resaltado al respecto un clarificador ramillete de apriorismos. La biografía suele acumular datos, mientras que la autobiografía los selecciona. La tradición biográfica se apoya en intencionalidades objetivistas, mientras que la autobiografía se presupone como consustancialmente subjetiva. Y la biografía se encontraría siempre limitada en su capacidad efectiva de indagar/reconstruir a quien es su objeto de atención, mientras que la autobiografía accedería allí donde nadie puede entrar: al yo onírico, a sus fantasías o a su imaginación⁶². Otros autores han enfatizado ciertas líneas de desplazamiento en esa lógica de problematizar la memoria autobiográfica. Julia Swindells, por ejemplo, ha recordado la faceta aparentemente obvia del acto autobiográfico: servir de testimonio del yo individual. Pero, a continuación, ha recalcado que resulta inexplicable sin considerar que dicho acto es también una práctica de comunicación interactuante con el mundo social⁶³. Una buena muestra la encontramos en la Unión Soviética de los años treinta, un entorno de inflación biográfica y autobiográfica, pero determinado por el énfasis anti-individualista. Fueron esas las coordenadas precisas para la popularización de una suerte de variante híbrida, con profusa presencia en las páginas de prensa: las cartas abiertas plagadas de citas y consideraciones autobiográficas, moduladas en torno al argumento de la vivencia personal como evidencia del todo colectivo.

Otras consideraciones de interés provienen del ámbito de los estudios culturales. Entre ellas destacan algunas observaciones llegadas desde las teorías de la representación, en particular sobre procesos de cristalización y reelaboración de estereotipos en lo que tienen de modelización (representación del Otro como desviado) y normalización social. O bien en lo relativo a sus implicaciones para establecer un catálogo de rasgos que definan las «barreras simbólicas» de la inclusión-exclusión⁶⁴. Tales aportaciones resultan útiles ante los egodocumentos comunistas de los años treinta. En concreto, deben tenerse en cuenta ante la categorización del enemigo trotskista y los estereotipos empleados en relación con dicha figura,

61. Jerome Bruner, *La fábrica...*, 93.

62. Anna Caballé, “Biografía y autobiografía: convergencias y divergencias entre ambos géneros”, en J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, 2005, 49-61.

63. Julia Swindells, “Introduction”, en Julia Swindells, *The Uses of Autobiography*, Londres, 1995, 1-12.

64. Mary Douglas, *Purity and Danger*, Chicago, 1972, y Richard Dyer, “The role of stereotypes”, en Paul Harris y Sue Thornham (eds.), *Media Studies: A Reader*, Edimburgo, 1999, 45-56.

de perfiles tan ubicuos. La lógica de la otredad también actuó en procesos performativos, mientras que la aplicación de etiquetas de reconocimiento pesó, de forma decisiva, en las dinámicas de verificación de expedientes personales. Una esfera de interés objetivo es la que corresponde a su uso ante la verificación de colectivos concretos, como las tipificaciones de género y el subsiguiente diseño discursivo de la buena o la mala mujer comunista, unas figuras conexas con los imaginarios derivados del canon y de la desviación, de la ortodoxia y la heterodoxia, a la hora de enjuiciar las actitudes políticas⁶⁵.

Un aspecto relevante más se relaciona con la noción de comunidad interpretativa transnacional, una categoría en la que cabe situar una multiplicidad de cohortes de comunistas que se autobiografiaron, en puntos geográficos distantes entre sí, durante la década de los treinta. Constituye una noción que debe entenderse no como mero agregado de individuos, sino como «punto de vista» compartido o «forma de organizar la experiencia», aunque gestionada de manera asimétrica en virtud de los vectores de fuerza y de poder orgánicos. Es posible inscribir las *bios* en tales coordenadas desde un triple enfoque con implicaciones metodológicas: observando cuáles fueron los valores manejados por esa comunidad de biografiados, estableciendo de qué modo dichos valores dependieron de las instancias de autoridad (elites y funcionarios del partido, inercias burocráticas), y vinculándolos, en lo posible, con las expectativas de cada miembro de la comunidad y con sus particularidades (clase, género, raza)⁶⁶.

Finalmente, una última cuestión a considerar ante el análisis de la memoria autobiográfica comunista deriva de su inevitable presentismo, dado su cariz de ejercicios de «significación a posteriori», de esfuerzos dirigidos a otorgar ciertos sentidos al pasado, pero siempre determinados por la actualidad de la enunciación⁶⁷. Ello supone situar la *bio* entre dos tiempos y remarcar su cariz de fuente, indirecta y mediada, capaz de movilizar un variado inventario de representaciones. Retomando la reflexión de Ulrich Winter acerca de la capacidad mnemónica de los productos culturales, cabe resaltar que las prácticas autobiográficas comunistas deben estudiarse y contrastarse atendiendo a los abundantes lugares de memoria que mencionaron y pudieron resignificar. Sin embargo, cabe considerar también que, en algunos casos, algunas autobiografías llegaron a erigirse, en sí mismas, en lugares de memoria⁶⁸. Así pasó con relatos públicos que se transformaron en narrativas maestras –la autobiografía de Maurice Thorez (1937) o, años después, la de Dolores Ibárruri (1962)–, dada su intensa intencionalidad pedagógica, persuasiva y socializadora de un imaginario a gran escala⁶⁹.

65. José Carlos Rueda, “El carnet rojo obliga por igual. Identidad de partido y representación de la mujer en el PCE (1936-39)”, *Hispanic Research Journal*, 22, 2-3, 2021, 125-140.

66. Stanley Fish, *Doing what Comes Naturally: Change, Rhetoric, and the Practice of Theory in Literature and Legal Studies*, Oxford, 1989, 190-193.

67. Marie José Devillard y otros autores, “Biografías, subjetividad y ciencia social: crítica del método biográfico desde una investigación empírica”, *Política y Sociedad*, 20, 1995, 143-162.

68. Winter Ulrich, “Introducción”, en Winter Ulrich (ed.), *Lugares de la memoria de la Guerra civil y del franquismo. Representaciones literarias y visuales*, Madrid, 2006, 14.

69. Maurice Thorez, *Fils du peuple*, París, 1937 (en realidad era obra del periodista Jean Fréville), y Dolores Ibárruri, *El único camino*, Moscú, 1962.